

CAPITULO XIV

«TE QUIERO»

UNA mano cogió las manos de Rouletabille. Y el repórter se deslizó en la habitación. ¡Qué emoción para el enamorado joven! Entraba allí, ciertamente, en circunstancias completamente excepcionales y con un fin dificultoso; pero de todos modos estaba en la habitación de su amada, de su primer amor! Rouletabille, aturdido por aquellos sentimientos y por aquella atmósfera de joven mujer oriental, en que los perfumes están combinados siempre con una sabiduría secular, oprimió cariñosamente la breve mano que le guiaba.

Pero la mano breve le soltó en seguida.

—¡Ivana!

Ella no le contestó. Había ido a encender una lamparilla, apagada de antemano para levantar la cortina de la ventana.

Rouletabille la encontró muy serena, muy triste y nada asombrada por la singular visita. Tendió sus brazos hacia ella.

—¡Ivana!

Pero ella puso un dedo sobre sus descoloridos labios.

—¡Silencio!...

No obstante, se acercó a él.

—Le esperaba—dijo—. No sabía por dónde vendría; ignoraba qué camino escogería, ¡pero le esperaba!... ¡Chiss!... Las mujeres de mi servicio duermen en la habitación de al lado... Creen que yo también duermo... He tenido que acostarme y hacer como que dormía... Luego me he levantado porque estaba segura de que le vería esta noche... ¡Ay, amigo mío! ¡Aunque no hubiera visto sus miradas en el salón de fiestas, me hubiese figurado que había venido solamente por mí y que iba a intentar lo todo para acercármeme! Pero de haber comprendido usted mi mirada, no hubiera venido.

—¿Por qué no?... ¡Ivana!... ¡Ivana!... ¡He venido a buscarla!... ¡No podemos perder ni un minuto!... ¡Sígame y está salvada!...

—Si comete la menor imprudencia, amigo Rouletabille, ¡todo se ha perdido!... ¡Bien sabe usted que no puedo seguirle!... ¡Bien sabe usted por qué estoy aquí!... Los documentos... Los planos del Estado Mayor... ¡Mañana los tendré!... ¡Y a qué precio!... Creó que podemos esperar... ¿Ignora usted que su atrevimiento es terrible?... ¡Está en la habitación de quien ha consentido en ser la primera kadina del Kara bajá!...

Le decía estas cosas tan extraordinarias con la mayor sencillez y como si anunciara cosas naturalísimas sobre las cuales no cupiese discusión. ¿Acaso creería que Rouletabille iba a consentir que fuera la mujer de Gaulow, y que había venido de tan lejos, atravesando tantos peligros, para asistir a semejantes nupcias?

El repórter miró la fina sombra de ella, que parecía temer acercársele.

Llevaba la joven un inconcreto vestido oscuro que se

confundía con las tinieblas. Y el enamorado no percibía del rostro de ella más que algunas líneas fantasmales en que brillaba la llama tranquila de sus hermosos ojos negros.

Rouletabille continuaba tendiéndole los brazos. Pero Ivana no acudía. El, impaciente ya, le dijo:

—¡Ivana! ¡La quiero sobre todas las cosas!...

Pero ella movió negativamente la cabeza porque él había dicho «sobre todas las cosas», y ella no le amaba así ni podía amar a nadie de esa manera. Rouletabille lo notó. Notó que la joven estaba separada de él por un espacio inmenso: ¡Bulgaria!...

En aquel momento en que él había soñado tenerla en brazos y devolverle con ternura el beso trágico que Ivana le había dado ante la muerte, ¡en aquel momento ella no pensaba en él!...

La hermosa y adorada boca murmuró:

—¡Oh, amigo mío, hermano mío!... ¡Cuánto le estimol!...

Pero aquello no era un transporte amoroso, sino más bien lo que se dice de alguien muerto, acabado, desaparecido para siempre. ¿Acaso estaría decidida realmente, verdaderamente, a ser la mujer de aquel monstruo?... ¡Cal! Todo era posible... ¡menos eso!...

Y como Ivana no se le acercaba, sino que le rehuía, aproximóse taimadamente hasta ella y agarró de pronto aquella sombra entre sus brazos.

La joven echó la cabeza hacia atrás, estremecida. Y Rouletabille, viendo que se fundía en sus manos un alma tan fuerte, esperó... Pero Ivana se repuso y dijo:

—¡Es preciso que se vayal!...

—¡Jamás!... ¡He venido para buscarla, para llevármela!... Luego, en seguida, encontraremos la manera de salvar esos documentos... ¿Dónde están?...

—Me parece que están todavía en el cofrecillo robado por Gaulow... Y Gaulow, amigo Rouletabille, *tiene la generosidad de devolverme ese cofrecillo lleno de alhajas la noche de mi boda. ¿Comprende? ¿Comprende? ¿Comprende por qué soy la mujer de Gaulow?...* Mañana por la noche, cuando me traiga el cofrecillo a la alcoba nupcial, ¡sabré la verdad!... *Y se la comunicaré a usted al día siguiente por la mañana.* Con ella volverá a Sofía.

—¿Y usted?—imploró Rouletabille, que encontraba insensato y monstruoso aquel plan—. ¿Y usted?—repitió abrazando fuertemente aquel cuerpo joven, cuyo peso le era tan querido—. ¿Y usted?

—¡Oh! ¿Yo? ¡No se ocupe de mí! ¡Me consideraré feliz si consigo prestar un servicio a mis hermanos!... Usted me quiere, ¿verdad?—le dijo cogiendo la cabeza de él entre las manos febriles—. ¡Yo también le quiero!... Pero hay que obedecer... Necesito de usted... Necesito, sobre todo, que no cometa ninguna imprudencia... Al día siguiente de sus bodas, la kadina saldrá del castillo con el bajá negro. Pedirá que le lleven a ver la tierra de Gaulow. ¡Esté al paso del cortejo!... *Si llevo un pañuelo rojo en la mano, márchese sin perder un segundo.* Ya que ha encontrado el modo de venir hasta aquí, seguramente encontrará el modo de salir. ¡Es preciso su triunfo, amigo Rouletabille! Haga que el espantoso sacrificio a que estoy resuelta, no sea inútil a mi país. Realice milagros... Suprima obstáculos... Pase la frontera dentro de veinticuatro horas... Corra a ver al general Stanislawof y dígame... dígame que no han visto nada, que no han descubierto nada.

—¿Y si no lleva el pañuelo rojo?—preguntó Rouletabille con voz sombría y dejando caer los brazos con desesperación, porque comprendía que el corazón de aque-

lla mujer estaba en aquel momento lejos del suyo y que su amor importaba, ¡ay!, muy poco en una tragedia de aquella altura.

—Si no llevo el pañuelo rojo, ¡márchese también!... ¡Corra, reviente los caballos, sea más veloz aún, si cabe en lo posible!... Y diga al general que la traición ha triunfado, y que discurra otro plan antes de declarar la guerra.

—¿Y luego?

—¿Luego?—repitió ella como en sueños.

—Sí, luego—reiteró él con voz cada vez más hostil y apartándose de ella súbitamente, porque la odió de repente, como le sucedía con frecuencia—. ¿Y luego? ¿Qué habré de hacer luego de obedecer la orden que me dé usted al día siguiente de su boda?

—¡Oh, amigo mío! Luego no habrá de pensar en mí más que con un sentimiento de intenso orgullo. Eso si me quiere de verdad. No hay que llorarme, no, querido Rouletabille. Se lo prohíbo.

—¿Cómo? Yo me figuraba que siempre había que compadecer a las mujeres de Gaulow...

—No, querido amigo, no. Yo habría tenido una gran felicidad antes de morir...

—¿Acaso su propósito es morir?

—Sí, Rouletabille. ¡Mi propósito es morir luego de matarle! ¿Ve cómo es muy sencillo?

—¿Qué importa?—exclamó el repórter mesándose los cabellos—. ¿Qué importa que le mate? ¿Borrará por ello el haber sido su mujer?

Y sollozó como un niño, dejándose caer en un diván enano que Ivana había corrido cerca de la ventana.

Ella sentóse junto a él, lo estrechó sobre su corazón y ahogó sus lloros con sus prudentes manos, porque temía

que la pena de aquel hombre llegara a oídos de las mujeres que estaban encargadas de vigilarla.

Le dijo palabras amables: que comprendía sus sufrimientos, que sentía compasión hacia él... Eso aún hacía sufrir más a Rouletabille. Pero las grandes heroínas tienen pecho de mármol, que difícilmente se caldea al vulgar contacto con el dolor humano. ¡Oh, qué desgraciado era Rouletabille! ¡Con lo sencillo que era marcharse juntos!

El repórter le comunicó que había pensado transformar el torreón en una fortaleza, en la cual hubieran esperado a que los soldados de Stanislawof fuesen a libertarlos.

—Eso no hubiera estado mal del todo, querido Rouletabille; pero a condición de echarle la mano al cofrecillo bizantino antes de mi noche de bodas. Ahora no tengo más esperanza que la de esa noche.

—¡Qué terrible! —gruñía Rouletabille—. ¡Me dan ganas de matarnos los dos en este mismo diván para no oír hablar más de esa noche de bodas!

—¿Y los documentos, amigo mío?... ¿No piensa en ellos?

—¡Ah! ¡Ya piensa usted por mí en esos malditos documentos!... ¿Dónde están? ¿Dónde están? ¿Dónde están?... ¡Hable, póngame sobre la pista! ¡Déme detalles sobre ese cofrecillo, puesto que es lo único que le preocupa! Todavía nos quedan algunas horas de la noche. Procure que pueda aprovecharlas... Porque supongo que si le presento el cofrecillo y los documentos, no se negará a seguirme, ¿eh?... ¿Verdad, Ivana? ¡No me niegue eso!

—¡Oh, amigo Rouletabille! En ese caso, le seguiré hasta el fin del mundo.

—Bueno. ¡Hable, dígame algo! ¿Cree usted que Gaulow buscaba esos documentos?

—¡Estoy segura!

—¡Ay, me lo temía!—exclamó Rouletabille—. Sí, sí, los buscaba... ¿Y dónde los buscaba, Ivana? ¡Detrás de los cuadros de la cámara de las reliquias! ¡Por eso los ha hecho trocitos! Su tío, el general, diría por precaución a alguien del Estado Mayor, quizá a una sola persona de su completa confianza, dónde escondía los planos secretos de la movilización. Y esa confidencia, *hecha en francés* por precaución, fué seguramente sorprendida por un agente de Gaulow, porque Gaulow trastornó todo lo de la cámara de las reliquias y se llevó todo lo que no rompió.

—Pero ¿por qué—preguntó Ivana oprimiéndole las manos en su fiebre de comprender—rompió los retratos y las imágenes? ¿Por qué buscaba los documentos, sobre todo detrás de los iconos?

—¡Ivanal Su padre, antes de morir, pronunció cierta frase. Es una frase que he encontrado en una libreta que cayó del bolsillo de Gaulow.

—¿Qué frase?

—*¡Sofía de la catarata!*

—*¡Sofía de la catarata!*—repitió anhelante Ivana, que oprimió todavía más las manos de Rouletabille entre las suyas, que ardían.

—¿Comprende? En mi opinión, buscaba los planos detrás de una imagen de Santa Sofía. Quizá haya en la iconografía bizantina una *Sofía de la catarata*, como hay en la iconografía romana una *Virgen de la silla*... Pero ¿qué le pasa, Ivana mía? ¡Antes ardía; ahora está helada!

—¡Ay, Rouletabille! Si usted ha leído esa frase en la libreta de Gaulow, y si Gaulow fué a la cámara de las reliquias a causa de esa frase, estamos perdidos, ¡completamente perdidos!

—¿Por qué? ¡Seréne, Ivana! Se lo ruego... ¡Necesito de todas sus fuerzas, de toda su inteligencia!

—¡Todo se ha perdido!—repetía ella con voz desfallecida—. Hay, en efecto, una *Sofía de la catarata*, que es precisamente la custodia de nuestros documentos... Esa Sofía se encuentra sobre el cofrecillo.

—¡Oh! ¿Y cree usted que Gaulow la habrá visto?... Yo no me había fijado...

—Porque no la buscaba. Pero es bien visible: ¡tan grande como el cofrecillo!

—Pues razón de más para que yo la hubiera notado. ¿Dónde está?

—Pintada debajo del cofrecillo; y, como usted comprenderá, desde que está viajando y dando tumbos como una maleta, ¡la habrán visto! Y si es así, ¡cómo se reirá Gaulow del regalo que va a hacerme! Si ha sacado los documentos del cajón secreto, ¡con qué alegría maquiavélica va a darme ese cofrecillo vacío, ese cofrecillo por el cual voy a entregarme!

Se dejó caer cuan larga era sobre el diván, como si se hubieran acabado sus fuerzas y su esperanza suprema. Parecía muerta. Asustaba por su inmovilidad. Tenía la cabeza entre ambas manos, la mirada extinguida... Y Rouletabille no se atrevía a decir nada ante un dolor semejante, que, sin embargo, le devolvía cierta esperanza, pues si ella juzgaba inútil el abominable sacrificio, no tenía más que huir... Pero tuvo una nueva ocasión para convencerse de que no la conocía, pues la joven fué la primera en hablar para decir con voz muy firme:

—¿Qué importa? ¡Hay que enterarse!

Se ratificaba la condena de Rouletabille. Pero éste, observador de otras condenas, sabía que entre la condena y la ejecución había todo el margen que podía poner

una voluntad decidida servida por un espíritu sutil. ¿No le habían condenado en cierta ocasión a ser ahorcado? ¿No le echaron la cuerda al cuello? Sin embargo, estaba vivo, a la vera de aquella Ivana, que a la sazón no parecía existir para él y que dijérase que ignoraba todos los recursos de su audaz imaginación.

En medio de aquella ola enorme que se los llevaba y los envolvía en su remolino dramático, el ojo fino y astuto del repórter no cesaba de contemplar aquella pobre tabla de salvación que era la *Sofía de la catarata*, sobre la cual había intentado un segundo apoyar sus esfuerzos desfallecientes, y que había cedido inmediatamente bajo la presión de su mano. Intentaba, en su desesperación, volver a cogerse de aquel frágil despojo. Y volvía hacia él, arrastrando a su Ivana, feroz y desengañada.

—¡Ivana! ¿No le ha hablado él de esa imagen?

—Ni una palabra. ¡Quizá hubiera dado ya con el secreto!

—¿Conoce usted el secreto ese?

—¿Yo?—exclamó ella presentando una cara de asombro—. ¿Yo? ¡Si no sé nada! ¡Si ignoro ese secreto! Sólo a última hora, por boca de mi tío moribundo, me enteré de que el cofrecillo tenía un cajón secreto. Pero desconozco cómo se abre. Es más: mi tío no me dijo nada de la imagen santa. Seguramente se acordaría ya en su último instante, cuando sólo usted estaba junto a él. Por eso balbucearía unas cuantas palabras, interrumpidas por la muerte, y que no nos informan de cómo se abre el cajón...

—Pero ¿conoce usted ya esa imagen? ¿Le ha llamado la atención?

—Mi madre se complacía en enseñármela con frecuencia diciéndome que si era buena, Santa *Sofía de la ca-*

tarata me daría sorpresas. Ello era, no cabe duda, una alusión al cajón secreto en el cual seguramente guardaba los objetos de valor que destinaba para mí. Estimaba enormemente ese cofrecillo, que le había regalado mi padre el día en que los casaron. Siempre lo tenía en su cuarto. Y jugaba con él como una niña... A mi hermanita Irene y a mí nos enseñó, para gozar de nuestro pasmo, el tesoro que allí guardaba. ¡Pero jamás hizo funcionar delante de nosotras el cajón secreto!

El repórter preguntó de manera urgente:

—Y esa Sofía, ¿era llamada «de la catarata» a causa de alguna cascada, de algún paisaje del fondo?...

—¡No! A causa de una nube en un ojo...

—Entonces, la cosa es sencilla—replicó Rouletabille—. Para que funcione el cajón secreto, no hay más que apretar ese ojo...

—Mi hermanita Irene y yo hemos tocado muchas veces el ojo enfermo de la *Sofía de la catarata* y nunca hemos visto aparecer el cajón secreto.

Las palabras chocantes y pueriles de cajón secreto, catarata y Sofía acudían con extraña obstinación a los labios vibrantes de ambos. Y se las cruzaban con cólera, como si quisieran luchar a muerte por unas sílabas tan ridículas en un momento en que se jugaba su destino.

—¡Ay, si yo tuviera en mis manos ese maldito cofrecillo!—repetía Rouletabille—. ¡Le juro que podría abrirlo!

—Mañana por la noche—dijo Ivana con su voz seca— lo tendré yo. Y como romperé la *Sofía de la catarata*, no podrá escondernos nada... ¡Entonces sabremos si ha sido fiel custodia de los papeles de mi tío o si nos ha traicionado!

—¡Mañana por la noche! ¡Mañana por la noche! ¡Otra

vez mañana por la noche! ¡Mañana por la noche será usted Ivana Hanoum!...

Ivana se volvió hacia él mostrándole sus dientes de joven loba, para mascullar:

—¿Qué voy a hacer? Antes de llegar a eso, he hecho todo lo posible por acercarme al cofrecillo... He empleado la astucia... He simulado caprichitos de niña... He fingido amor... Sí: ¡he llegado a fingir amor hacia ese asesino de los míos! Eso es lo único que ha valido... ¡Encuentra natural esa monstruosidad! Y como cuando me acerco a él mis miembros tiemblan, cree que es de amor... Si el fuego de mi sangre me consume el rostro, cree que se trata de un júbilo abominable, pero irresistible...

»¡Y lo mejor es que dejo que lo creal

»Le he prometido en el curso de ese viaje, que más bien parecía un viaje de boda que un rapto, que no consentiría en ser su mujer, su kadina favorita, si no permitía que yo fuera reina de mi voluntad y de la suya, así como de todos mis antojos, uno de los cuales era el de que me devolviera en seguida las alhajas de mi madre, que yo apreciaba sobre todas las cosas, y el cofrecillo bizantino, que encerraba recuerdos muy queridos... Todo me lo concedió, todo me lo prometió, ¡todo!... Pero para después... Antes no me quiere dar nada. ¿Comprende, Rouletabille? ¿Quién de los dos se la pega a quién? Una noche, a bordo de un barco suyo que vino a buscarnos a orillas de ese Mar Negro, que parece suyo, embarcó el bajá negro el fruto de sus rapiñas... ¡Y vi pasar el cofrecillo bizantino! Hice al punto un movimiento para acercarme. Se dió cuenta...

»—¡Ah! Es el cofrecillo—dijo con extraña sonrisa—. Lo ha reconocido. ¡Es para la noche de nuestra bodal

»No me atreví a insistir por no despertar sospechas. Y

quizá ya no hay nada dentro. Tal vez los planos están ya en Andrinópolis. Y mañana por la noche... mañana por la noche... ¡Cómo se reirá!...

Rouletabille la agarró los cabellos, echó hacia atrás aquella hermosa cabeza empalidecida por la desesperación, y, como un soldado vencedor que contempla su trofeo, acercó a su rostro joven y ardiente aquella cara sobre la cual ya parecían extenderse las sombras de la muerte.

—¡No!—dijo—. ¡No se reirá!

Luego, habiéndola besado en los labios, soltó aquella cabeza como si el verdugo de Kara bajá la hubiera cortado del amado cuerpo, y pronunció las siguientes palabras, dirigiéndose ya hacia su camino aéreo:

—¡Hasta la vista, Ivana Ivanovna!

—¿Qué vas a hacer?

Ahora era ella la que corría detrás de él, la que seguía sus pasos. Pero él no se volvía.

—¿Qué, no sabes que te quiero?

—¡Ay, Ivana! ¡No lo sé!

—¡Te quiero, te quiero! Antes de marcharte, ¡dime que me crees!...

—No lo diré, Ivana, porque... ¡no la creol... ¡De haberme querido, hubiera encontrado otro medio de saber lo que hay o lo que no hay en el cofrecillo bizantino!

—¡Qué cruel eres! Dime, al menos, lo que vas a hacer. ¿Puedo contar contigo?

Rouletabille la rechazó brutalmente. Y ella se puso a gemir mientras él le decía:

—¡Sí, sí, sí! ¡Puede contar conmigo!... Sabremos lo que hay en el cofrecillo bizantino. Y si no hay nada, ¡le prometo que no se reirá!...

Había pasado bajo la cortina y entreabierto la ventana; estaba a punto de lanzarse.

—Espera, al menos—le dijo ella—, a que ese nubarrón negro oculte la luna. ¿Están arriba tus compañeros?

—Sí—contestó—. Arriba hay un hombre que me espera. Lo conoce usted, Ivana. ¡Es Atanasio Khetew! Y agarró la cuerda.

Pero ella le retuvo con toda la fuerza de sus brazos temblorosos. Y tartamudeaba:

—¿Atanasio?... ¿Está aquí Atanasio?... ¿El?... ¿El?... ¿Arriba?...

—¿Le asombra eso? ¿Por qué? También él quiere salvarla. Está en su derecho: ¡dice que es su prometido!...

—¡Le juro por mi padre que no tiene derecho a decir eso!

—¿De veras, Ivana?—replicó Rouletabille volviéndose—. ¿De veras?

—¡Te lo juro, amor mío!

Rouletabille estaba ya en el alféizar de la ventana...

Iba a lanzarse al vacío...

—¡Tengo miedo!—exclamó ella—. ¡Tengo miedo por ti, a causa de ese hombre que te espera arriba! ¿Sabe que me quieres?...

—¡Lo sabel!

—¡Pues ten cuidado!... ¡Es capaz de todo!...

—Hace poco he estado en trance de caer y he intentado salvarme...

—Hace poco aún no habías pasado una hora conmigo, en mi alcoba... ¿Cómo es que te ha dejado venir?

—Porque desconfiaba de mí en el caso de que me quedase arriba.

—¿Y tú no has desconfiado de él? ¡No tienes miedo a nada! ¡Qué bueno eres!...

Y lo abrazó apasionadamente.

—Ahora, ¡vete, trepa, sorpréndelo! No hay otro camino... ¡Si tú mueres, moriré yo también!...

Rouletabille se lanzó hacia el cielo, lleno de amor el corazón. ¿Cortarian la cuerda desde arriba? ¡Bah! Si moría en aquel momento, moriría feliz.

Pero acabó su ascensión sin molestias, y cuando hubo desaparecido en la sombra de la garita, Ivana cerró cuidadosamente la ventana y dejó caer la cortina de terciopelo.

Rouletabille traspuso la cornisa. Una vez allí, se encontró frente a La Candeur, que, de rodillas junto a la cuerda, parecía muy enojado con Atanasio, el cual, de rodillas también, no parecía de mejor humor respecto a La Candeur. Colocados como estaban, se asemejaban a dos gatos que anduviesen a la zarpa.

—¿Qué pasa?—preguntó Rouletabille.

—Pasa—contestó La Candeur—que este caballero, a pretexto de que hacía mucho tiempo que te habías marchado, quería cortar la cuerda.

—¡Caray! ¡Bien he hecho en traerte, La Candeur!

—¡Ya, yal... Pero no gastes más bromitas como la de la cuerda... ¡He pasado un rato!...

—¿Y el bueno de Priski? ¿Qué ha sido de él?

—Nos espera. ¡Hace lo que puede!...

Rouletabille recogía la cuerda. Atanasio se irguió.

—¿Dónde está Ivana?—preguntó.

—Supongo que se referirá a la señorita Vilitchkov, ¿no?—repuso Rouletabille, sin tomarse tan sólo la molestia de mirar a su rival, que, por cierto, no era en aquel momento nada grato a la vista.

Y disponiéndose a subir a la pendiente de la garita para desatar la cuerda de la veleta, pronunció estas palabras:

—Está bien. Gracias. Me ha encargado que le salude en su nombre...

Al bajar, tuvo buen cuidado de hacerlo por la parte del barrio de los esclavos, sin lo cual se hubiera expuesto a que le pidiese explicaciones Atanasio, que no disimulaba sus ganas de estrangularlo.

Rouletabille saltó el primero a la plataforma, donde encontró a Priski fuertemente atado. Aprovecharon el primer rayo de luna que se deslizó entre dos nubes, para cambiar un saludo muy amistoso.

—¡Caballeros!—les dijo el mayordomo cuando les vió a todos reunidos alrededor de él y sin Ivana—. ¡Caballeros! Me parece que su expedición ha durado bastante. Si no tienen gran interés en que acabe peor de lo que ha empezado, sigan mi consejo... y el camino de los tejados y cortinas, que les llevará al torreón. El único obstáculo que, como ya les he dicho, encontrarán, es el centinela que hay en la pequeña plataforma de la torre de vigilancia. No podrán pasar junto a él sin que les vea. Sin embargo, a juzgar por la habilidad que han demostrado, no creo que esa dificultad les estorbe mucho tiempo. Volvamos dentro, que la noche está ya muy avanzada... ¡Ya es hora de tumbarse en el casto lecho!...

—Tiene razón Priski—dijo Rouletabille—. Y va a guiarnos por el camino de las cortinas...

—No veo ningún inconveniente, siempre que «el sobrino de Rothschild» acceda a llevarme, porque quiero seguir atado, ya que sería hombre muerto si ustedes olvidaran un momento que soy su prisionero.

A una señal de Rouletabille, La Candeur se cargó al hombro a Priski.

—¡No! dejen de trabajar esta noche!—suspiró el pobre muchacho.

—¡Y no ha terminado!—le replicó Rouletabille para consolarlo.

En el preciso momento en que todo el grupo iba a dejar la plataforma, Atanasio se plantó ante Rouletabille. El búlgaro temblaba de ira contenida.

—Desearía—masculló—saber lo que durante una hora ha podido decirle la señorita Vilitchkow...

—Pues bien: ¡durante una hora me ha estado diciendo que usted no era su prometido!

Atanasio, al oír aquellas palabras, saltó sobre Rouletabille y le agarró la muñeca tan fuertemente, que el repórter no pudo reprimir un grito, no muy fuerte, de dolor. Estaba, por lo demás, furioso. E intentaba, aunque en vano, desasirse de la opresión del búlgaro. Pero éste le apretaba como con tornillos.

—¡Suélteme—acabó por decir Rouletabille—, o llamo a La Candeur para que le eche al torrentel

¿Asustó al búlgaro semejante perspectiva? El caso es que soltó a Rouletabille y no dijo una palabra. El repórter corrió tras La Candeur y Priski. Ahora, los jóvenes tenían prisa de volver al torreón. El pintoresco camino fué recorrido sin incidentes hasta el momento previsto por el mayordomo.

Al llegar a la maldita plataforma de vigilancia, tuvieron que detenerse. Tenían que pasar por encima de ella, sobre las almenas medio derruidas de un viejo muro que había pertenecido al recinto primitivo.

Abajo, en la terraza, el centinela iba y venía con movimiento incesante, cambiándose de vez en cuando el fusil de un hombro a otro.

El centinela tenía un tipo de turco muy desagradable y rudo, muy visible bajo la luna, que, sin duda, queriendo aprovechar los pocos momentos que le quedaban

hasta la aurora, se había puesto a brillar con su más vivo fulgor.

El grupo de los jóvenes, pues, se había detenido y miraba con impaciencia a aquel molesto guardián. No había que pensar en matarle de un tiro. El disparo hubiera dado la alarma inmediatamente al puesto, que se encontraba unos diez metros más abajo, guardando una potencia del *selamlick*.

Por igual motivo era también imposible pensar en agredirle para hacerle prisionero. Por rápida que fuese la operación, tendría tiempo el centinela para dar un grito.

Una cuchillada era de efecto muy problemático.

Y todos estaban detrás de las ruinas de almena. Rouletabille y La Candeur parecían bastante preocupados.

La Candeur había dejado a Priski entre Rouletabille y él. Cada vez que el malhadado centinela volvía hacia el lado de La Candeur, éste temblaba como una hoja al viento.

¿Por qué? Porque aquel mala sombra de turco llegaba con la cabeza casi a la altura de las almenas, es decir, a la altura de La Candeur.

Y de haberse puesto de puntillas, no hubiera dejado de ver al gigantesco francés.

—¡Tengo miedo!—dijo La Candeur.

—¡Mejor!—contestó Rouletabille al oído de su compañero—. ¡Mejor!... Así le darás tu puñetazo del miedo. ¿Te acuerdas?... ¡Aquel con que mataste al sargento de policía!...

—¡Ah, sí!—afirmó seguidamente La Candeur—. ¡No pensaba en eso! ¡Es una idea!...

—¿Verdad que sí?... Cuando vuelva y tengas su cabeza

a tu alcance, te será fácil... Primero le quitaremos el gorro. El se volverá... Tú procurarás tener mucho miedo... Y ¡zas!...

—¡Comprendido! ¡Comprendido!

—Ya supondrás que si yerras no quedan de nosotros ni los rabos, ¿eh?

—¡Hombre! ¡No digas esas cosas! Me das miedo...

—¡Me alegro! ¡Me alegro!...

—Creo que no se me escapará...

—¡Eso hace falta! Lo creerán muerto de un acceso de sangre. Conviene que no sospechen...

—¡Pobre diablo! A lo mejor tiene hijos...

—Ya me enteraré... Pero ahora...

—¡Callen!—aconsejó el atado Priski—. Ya vuelve.

El centinela, en efecto, volvía. Y Priski, que no había percibido ni una palabra de la conversación de sus huéspedes y que continuaba preguntándose cómo saldrían de aquel mal paso, asistió, primero con cierto espanto y luego con entusiasmo, al espectáculo siguiente:

Priski era partidario de «la obra bien hecha». Fué complacido.

Vió al «sobrino de Rotschild», que al principio hinchaba la espalda como un animal en acecho y luego levantaba la maza de su puño vibrante y formidable sobre el turco, que avanzaba con lentitud majestuosa. Después oyó un chasquido. ¡Y dejó de ver al centinela!

—¡Me parece que ha muerto!—dijo La Candeur volviéndose hacia Priski y volviéndoselo a cargar.

—Yo también creo—aseguró Rouletabille— que no volverá a levantarse. ¡Has estado mejor que con el sargento!

—¡Qué miedo he pasado!—explicó La Candeur.

—Reciba mi enhorabuena—dijo a su vez Priski desde

la espalda de La Candeur—. ¡Vaya un puño que tiene el señor! Hará gimnasia, ¿eh?

Diez minutos más tarde estaban al fin de la cortina, ante el camino del torreón.

—Ya pueden desatarme—advirtió el mayordomo—. No hay que temer ya encuentros desagradables. Y como además, conozco la maniobra del pequeño puente voladizo, podré ayudarles.

Una vez bajado el puente voladizo entre la cortina y la cornisa, el grupo bajó fácilmente al camino de ronda del torreón. Volvía sin Ivana. Pero faltaba alguien más. ¿Quién? ¡Atanasio Khetew! No sabían qué le había ocurrido.

—Dejemos bajado el puente voladizo—dijo Rouletabille al darse cuenta de que faltaba el búlgaro—. No hay que cortar la retirada.

¡Precaución inútil!... Atanasio Khetew no entró.

CAPITULO XV

VARIOS ACONTECIMIENTOS EN EL TORREÓN

ROULETABILLE durmió como un lirón hasta las ocho de la mañana. A esa hora se despertó sobresaltado al oír sonido de trompetas.

—¿Qué pasa?—preguntó frotándose los ojos y esforzándose por ponerse cuanto antes y moralmente «en situación». Esta no era muy brillante, a decir verdad. Pero la expedición de la noche anterior había tenido la virtud de hacerla todo lo clara y sencilla posible.

En un momento dado de aquella jornada nupcial, se reunirían en una misma habitación del castillo ¡*Gaulow, Ivana y el cofrecillo bizantino!*

El propósito de Rouletabille era esperar aquel momento para hacerse con todo: con el novio, que le serviría de precioso rehén; con la novia, que se reservaba personalmente para unas bodas menos paganas, y con el cofrecillo bizantino, que regalaría al general Stanislawof.

El aspecto de la empresa, que tal como se presentaba permitía triunfar completamente o dar al traste con todo, había consolado a Rouletabille, ya por la noche, del